

Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales

Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto, coords.,
México, M. Á. Porrúa / UAM-Iztapalapa, 2013, 280 pp.

Guénola Capron*

Si bien estoy lejos de ser especialista en los temas tratados en el libro *Cuerpos, espacios y emociones*, principalmente *Cuerpos y emociones*, que son el eje medular del texto, me he interesado en los años recientes en estos objetos de investigación, y es desde mi perspectiva de “todavía un poco neófito” que lo abordaré. Los invito a que presten atención a la introducción, que está muy bien hecha; estuve a punto de pensar que debería leérselas en lugar de escribir al respecto, pero después pensé que podría aportar algo diferente desde mi propia sensibilidad. El libro, que lleva en la portada un significativo dibujo inspirado en las siluetas longilíneas y descarnadas del escultor Alberto Giacometti, incursiona en un campo poco estudiado en América Latina: la relación entre, por un lado, cuerpos/corporalidades/corporeidades en su dimensión física pero también afectiva, y espacios/territorios en su dimensión material, social y también simbólica, tomando como supuesto principal que nuestro cuerpo es espacio y espacialidad y que el territorio es una extensión, a distintas escalas, del cuerpo humano.

1. Primero, creo que en América Latina, son escasos los trabajos que abordan las temáticas tratadas en el libro: los cuerpos (nótese el plural: no hay un solo cuerpo), las emociones, los espacios. Si bien el espacio es el objeto de estudio de disciplinas como la arquitectura o la geografía, no es el caso de las emociones y los cuerpos, que habían sido borrados de la ciencia hasta años recientes y que todavía constituyen temas emergentes, en particular en ciertas áreas geográficas. Como lo mencionan

* Profesora investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Este texto fue leído en la presentación del libro en julio de 2013. Correo electrónico: <guenola.capron@gmail.com>.

varios de los autores, es a partir de los años ochenta y noventa cuando empiezan a darse varios giros en las ciencias sociales: un giro espacial, un giro cultural y un giro emocional.

El giro espacial, mencionado por autores como Ed Soja en Estados Unidos o Jacques Lévy en Francia, consiste en la emergencia del espacio frente al tiempo como objeto de investigación. En efecto, hasta inicios de los años noventa, existía una predominancia de los trabajos volcados hacia el estudio del tiempo, asociado al movimiento, al cambio y a la modernidad, sobre los estudios del espacio, sinónimo de permanencia e inmutabilidad. La aceleración provocada por el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación por un lado, y la globalización, por el otro, generó un interés renovado por el espacio y por las disciplinas que se interesan en el espacio como la geografía: ¿cómo entender que un mismo fenómeno, por ejemplo el terrorismo global, impacte a lugares alejados del planeta?, ¿cómo analizar la difusión del miedo en sociedades *disimilares*, sus dimensiones a la vez local y global?, ¿cómo interpretar la compresión espacio/tiempo generada por la difusión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación? Son algunas de las preguntas que emergen del giro espacial de los años noventa. En el libro *Cuerpos, espacios y emociones*, los autores interrogan en particular la espacialidad de la experiencia corporal.

El giro cultural, como lo destaca Armando García Chiang en su capítulo, consiste, después de una década volcada hacia el materialismo histórico, en un regreso al estudio de la cotidianidad, las prácticas, usos, representaciones, imaginarios, como elementos claves de la construcción de la realidad social y espacial. El giro cultural está muy marcado por los *cultural studies* anglosajones y por los estudios de la posmodernidad. El giro cultural abre las puertas a estudios de realidades que habían sido renegadas como acientíficas e irracionales por no ser explicables por la ciencia, como las emociones, los sentimientos o las sensibilidades, y a estudios de realidades micro: el cuerpo, el espacio doméstico, la plaza, etcétera. Los nueve autores del libro *Cuerpos, espacios y emociones* se preguntan cómo los espacios (el metro; los espacios en movimiento, es decir, los espacios de la migración; la fábrica o la casa) producen corporalidad, encarnación, traducción imperfecta de la palabra anglosajona *embodiment*, y cómo los cuerpos con sus sensaciones y su sensibilidad propias, inscritas en culturas específicas, generan experiencias compartidas o propias del espacio y del territorio.

El giro emocional es más reciente, pero deriva en parte del giro cultural. Se manifiesta en el interés por las emociones y los afectos, el miedo, la felicidad, el amor, etcétera. Como lo recuerdan varios de los autores del libro, los estudios de género jugaron un papel importante en el giro emocional: en efecto, al cuestionar el androcentrismo y la dominación masculina en las ciencias que alejaba de problemas como las emociones, al cuestionar la separación entre cuerpo y espíritu que había sido el centro del pensamiento moderno –en particular heredado de Descartes–, al cuestionar la dicotomía de las categorías que servían a interpretar la realidad humana y social, invitaron al estudio de objetos que habían sido voluntariamente borrados del mapa científico como las emociones, la corporalidad o la corporeidad que pueden tener alcances políticos. *Cuerpos, espacios y emociones*, claramente, es uno de los resultados muy estimulantes del giro emocional.

Ahora, si bien, estos tres giros son recientes (tienen diez, veinte, treinta años a lo sumo), varios de los autores citados por los integrantes del libro no lo son forzosamente. Es interesante trazar el mapa de las referencias bibliográficas que citan los distintos autores del libro. Sin duda, los más citados son autores tan dispares como Erving Goffman y Pierre Bourdieu, el primero (más esperado) por su trabajo sobre las interacciones sociales que pone las manifestaciones corporales en el centro del orden social; y el segundo (tal vez menos esperado) sobre las disposiciones sociales (o *habitus*) y los procesos de socialización que orientan los sentidos prácticos y las prácticas corporales, como lo puntualiza Olga Sabido en el capítulo “Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica”, que abre el libro.

Otros autores citados de manera recurrente son: 1) filósofos como Maurice Merleau-Ponty o Michel Foucault, que parece ser una referencia mundial en el tema; 2) historiadores franceses, quienes como lo muestra Adriana García en el capítulo “El cuerpo y las ciencias sociales: tres regiones científicas”, tuvieron un papel precursor en Francia en el estudio de las sensibilidades: Georges Duby, Jacques Le Goff, Alain Corbin (*Le miasme et la jonquille*) (también hubiera podido estar Arlette Farge); 3) sociólogos y antropólogos (en particular urbanos) que se interesaron en la cotidianidad, la sociabilidad y en los modos de vida urbanos, como Norbert Elias, Georg Simmel, Louis Wirth, Henri Lefebvre, Michel de Certeau, el etólogo Edward T. Hall con sus trabajos sobre la proxémica (*La dimensión oculta*) y más recientemente Thomas

Csordas, Richard Sennett, Marc Augé, Randall Collins o Isaac Joseph. Por supuesto, ocupan un lugar céntrico, dentro de este mapa bibliográfico, los trabajos de las feministas, en particular de Judith Butler, pero también de Linda McDowell y Doreen Massey. Finalmente, por el tema del libro (espacios) asimismo están los aportes de los geógrafos, en particular de los anglosajones, Mike Featherstone, Yi-Fu Tuan, Liz Bondi, Joyce Davidson y Mike Smith, autores del libro *Emotional Geographies*. Si bien, como lo recuerda Adriana García en su riguroso estudio de la semántica científica sobre el cuerpo en tres regiones científicas –la hispana, la francesa y la anglosajona–, la literatura anglosajona ha sido la más fértil en cuanto a la producción de trabajos sobre el cuerpo y las emociones, con la existencia de varias revistas especializadas en el tema, en el mundo hispánico también está emergiendo el interés por este campo, como lo atestigua *Cuerpos, espacios y emociones*.

2. Ahora bien, después de haber situado la importancia del presente libro en el paisaje científico, en particular en el latinoamericano, haré la pregunta ¿qué nos dice el libro sobre la relación entre cuerpos, espacios y emociones?

Como ya se mencionó, y según las palabras de los dos coordinadores del libro, Paula Soto y Miguel Ángel Aguilar, en su introducción, el cuerpo humano es una “porción de espacio con sus fronteras, sus centros vitales, sus defensas y sus debilidades, su coraza y sus defectos”. La envoltura corporal es la primera de las capas territoriales; el cuerpo es a la vez individual y social. Recordemos que, en el siglo XIX, la ciudad fue teorizada, representada, siguiendo una metáfora orgánica, con su corazón, arterias y pulmones. ¿Cómo se relacionan los cuerpos y los distintos espacios y territorios que envuelven nuestros cuerpos? ¿En qué manera las emociones son parte de nuestra experiencia y condicionan nuestra relación social con los “otros”?

Los textos de los autores que componen el libro analizan distintos aspectos de la relación entre cuerpos, emociones y espacios.

Primer aspecto: *la relación entre sentidos, tactos y contactos sociales*, en particular en la ciudad, donde esta relación es una realidad cotidiana. Las prácticas corporales, es decir, los gestos, las actitudes, el intercambio de miradas, los roces de los cuerpos en las relaciones de copresencia, cara a cara, en los rituales de interacción, tienen un lenguaje y una gramática que remiten a las normas sociales de comportamiento, se inscriben también en relaciones de poder y muestran el carácter eminentemente social

del hombre. El capítulo de Miguel Ángel Aguilar, “Ciudad de interacciones: el cuerpo y sus narrativas en el metro de la Ciudad de México”, hace eco al texto más teórico de Olga Sabido que me pareció muy estimulante y muy didáctico, por apoyarse siempre en ejemplos concretos de lo que significa la corporalidad y la corporeidad.

En primera instancia, para nosotros, la ciudad es percibida por nuestra mirada, pero también está compuesta por olores y sonidos que median nuestra relación con el otro. Si bien se puede decir que las ciudades occidentales se han vuelto más asépticas, también se han vuelto más insensibles al otro a la vez que la diferencia se ha vuelto menos problemática en ciudades cosmopolitas. El metro que estudia Miguel Ángel Aguilar es una especie de metáfora, de condensado o de observatorio, como dice el autor, siguiendo a Marc Augé, de la vida urbana con su densidad a menudo extrema, su anonimato y sus interacciones fugaces. El estudio de las interacciones focalizadas y no focalizadas, según la terminología de Goffman, permite a Miguel Ángel Aguilar analizar las distintas formas de la relación social en el metro y, da indicios, por extensión, de las formas de la relación social en la gran ciudad, en la metrópolis.

Segundo aspecto: *la memoria social y la corporeidad*. El texto de Anne Huffschmid es uno de los más impactantes del libro por la densidad emocional del tema que aborda y que aflora en su artículo. IncurSIONA en la cuestión de cómo acordarse públicamente de los cuerpos desaparecidos durante la dictadura argentina en un contexto de extrema violencia física, moral, psicológica, política, de horror y terror; los cuerpos como la interfaz material y emocional entre la esfera de lo público y la esfera de lo íntimo. Interroga las pocas fotografías existentes de las personas torturadas con sus cuerpos heridos, agotados y dolientes; se pregunta cómo representar la experiencia física y moral de los desaparecidos en los campos de tortura como la ESMA (Escuela Superior de Mecánica de la Armada) en Buenos Aires, que fue transformada en museo de la memoria; estudia la gestualidad de las madres de la Plaza de Mayo, los símbolos corporales que reivindican, así como las actitudes corporales de los militares torturadores enjuiciados. El cuerpo es memoria del dolor y el espacio es el recuerdo del horror que no puede ser olvidado. La autora termina con esta frase: “Sólo si se logra establecer esta conexión compleja entre cuerpos, espacios y recuerdos, se habría logrado lo esencial: hacer sentir el dolor del otro, hacer re-sentir lo que

pasó a otros, en otro tiempo y espacio, pero no conformarse con esta sensación sino desplazarla hasta un querer y poder saber: pasar del sentir a los posibles sentidos”.

Tercer aspecto: *la identidad social y la corporeidad*. Nuestra corporalidad es parte de nuestra identidad y la cuestiona. Esta dimensión está particularmente presente en el texto de Alfredo Nateras sobre el caso de las pandillas de jóvenes centroamericanos de la Mara Salvatrucha y del Barrio 18. En particular, los tatuajes que cubren los cuerpos de los jóvenes, incluso sus rostros, son la inscripción, a flor de piel, de sus historias y trayectorias personales, de la violencia social de la cual ellos son sujetos y que infligen a los otros; historias de vida y muerte que les dan un lugar en la pandilla, los adscriben a un grupo y a un territorio –el barrio–, así como los estigmatizan a los ojos de los otros y los excluyen. En las generaciones más jóvenes, las inscripciones en el cuerpo se hacen menos visibles, en particular con el fin de evitar la discriminación.

Cuarto aspecto: *género, cuerpo y emociones*. Los dos capítulos de Paula Soto e Irene Molina tratan de cómo las mujeres sienten y experimentan ciertas emociones, a diferencia de los hombres.

En el caso de Paula Soto, el miedo que sienten a transitar por las calles de una colonia estigmatizada donde residen pero evitan algunas calles, donde se sienten más vulnerables frente a los delincuentes, principalmente frente a los violadores y acosadores. Por un lado, la autora muestra que el miedo femenino se materializa y se simboliza en la ciudad en espacios temidos que para otros no son necesariamente amenazantes, como los espacios arbolados, y que lo son para las mujeres por sus experiencias de victimización y a partir de sus imaginarios nutridos por las advertencias que escucharon desde pequeñas sobre el peligro de transitar por los espacios públicos. Por otro lado, esta autora analiza cuáles son los efectos espaciales del miedo, en particular a través de las prácticas de “confinamiento territorial” o de evitar ciertos lugares, por ejemplo, mal alumbrados, sucios, vandalizados, o percibidos como “masculinos”. También, junto con Irene Molina, se interesa en las estrategias de resistencia de las mujeres.

El texto de Irene Molina analiza cómo las trabajadoras viven y experimentan la separación impuesta por una empresa transnacional entre empleo y hogar, entre trabajo, vida familiar y reposo, entre la vida dentro de la fábrica y la vida fuera de ella, separaciones que reflejan la división entre tiempo y espacio en el capitalismo. En sus prácticas y

experiencias corporales, esa diferencia se disuelve y existe más bien un continuo. En esta fábrica predominan lógicas de producción flexible con flujos tendidos, y también lo que Irene Molina llama de “sexismo flexible”, siguiendo un concepto de Doreen Massey. La organización del trabajo deja poco tiempo para el descanso o la socialización, además de que paga muy bajos salarios. Sin embargo, las trabajadoras desarrollan estrategias de resistencia como ir a bailar juntas, frente a las lógicas de producción y opresión, frente a la tensión de cumplir con la doble jornada de trabajo y la angustia de sentirse malas madres.

Quinto y último aspecto: *movimiento y emociones/cuerpos*. ¿Cómo viven los cuerpos la experiencia del movimiento en el espacio? Esta pregunta puede llevar a una especie de antropogeografía del movimiento, a la cual nos invitan de manera muy diferente Abilio Vergara y Armando García Chiang.

El primero, a través del análisis de canciones populares, desde las interpretadas por Los Tigres del Norte hasta las de Café Tacvba, nos habla de la experiencia del emigrante que pasa de la pequeña aldea a la gran ciudad y del emigrante ilegal; de cómo el viaje y los desplazamientos hacen emerger lo que él llama las *emosignificaciones* de los lugares y del territorio, es decir, significaciones del espacio cargadas con emociones para el individuo, por ejemplo, la nostalgia y el sentimiento de desarraigo del emigrante, el hastío del urbanita.

El segundo explora, desde las experiencias corporales y emocionales y su relación con las creencias, las diferencias entre las peregrinaciones y las procesiones religiosas como formas de sacralizar un territorio y como itinerarios religiosos. “La condición peregrina –nos dice el autor– se define como un trabajo de construcción biográfica donde el peregrino tiene una práctica voluntaria, individual, móvil, modulable y excepcional que se distingue de la práctica clásica de una religión caracterizada por ser obligatoria, comunitaria, territorializada, fija y repetitiva.”

Para concluir, el libro invita a seguir produciendo estudios interdisciplinarios que inventen nuevos enfoques teórico-metodológicos, lo cual, creo, es un aspecto inédito de esta obra.